

de la institución. Una obra diversa, amplia y honda, que invade las infinitas modalidades del pensamiento creador, que arranca sus misterios a la naturaleza, que pone método en el caos, que infunde fórmulas inéditas en el conocimiento del hombre, que especifica y acelera su cultura, que perfecciona su esfuerzo, que santifica su impulso, que asienta, en suma, los postulados de nuestra insobornable personalidad, sin desertar por eso, como es de suponer, de cuanto, extraño o vernáculo, ahora o antes, nos sale al paso, como signo de la redención humana...

No hace falta advertir que *La investigación española* está trazada con un estilo retórico de la más jugosa naturalidad. Porque su autor, espíritu versado en ricas actividades doctas, posee, unido de una esencial mística castiza —como diría Unamuno—, un flexible y fiel instrumento expresivo. O sea que, no obstante, la aridez —para muchos— del tema que se glosa, el autor lo torna ameno y sugestivo y, por añadidura, cargado de incitaciones para el vuelo feliz de la imaginación.

Si el biografiado es merecedor de biografía, porque no en balde se trata de uno de los organismos que más honra confieren a la Patria, el biógrafo también es de alcurnia. A tal señor, tal honor. Y así, con el deleite de la lectura, uno aprende a descifrar la virtualidad de las investigaciones españolas, que es tanto como asomarse al remanso fecundo que, en medio del mundo atormentado, han levantado, para bien general, unos hombres de buena voluntad y de inteligencia preclara.

SERGIO NERVA

BBEVIARIO DEL QUIJOTE, por
CABALLERO CALDERON.

Así como de los individuos se acostumbra a decir, casi en lenguaje de germanía *snob*, que unos tienen «clase» y otros no, lo mismo cabe asegurar de los libros: hay libros que «tienen clase», y otros que, aunque sean meritorios y útiles, están fallos de esa gracia que les da la clase. Hay libros a través de cuyas páginas se ve el esfuerzo gestatorio, la trabajada armazón de las fichas, el resoplar de la imaginación, el chirriar de los cabrestantes que han ido montando la obra... Otros, sin embargo, tienen la gracia de irnos llevando de la mano por el tema con la soltura del que

muestra una galería de obras de arte muchas veces contemplada y muchas veces estudiada. En este último caso nos hallamos al hablar, que es lo que nos proponemos hoy, de la obra de Eduardo Caballero Calderón, *Breviario del Quijote* (Madrid, 1947), quizás una de las más finas, agudas y certeras obras que, entre la polvareda ocasional del centenario, podrá quedar como expresión de lo que nuestros días han pensado y sentido en torno a la obra en que cristalizó la casticidad de nuestro idioma y de nuestro espíritu literario.

Quien conozca personalmente a Caballero Calderón no se habrá extrañado de la obra. Alto y moreno, como los criollos del tiempo viejo, con el suave acento, incomparable en toda Suramérica, que tienen los hijos de la Nueva Granada, es un literato de vocación, un hombre de pluma por excelencia. Hombre de pluma que ha hecho de ella un sacerdocio y sabe que, incluso en la creación, es preciso emplear horas adquiriendo conocimientos que den hondura y profundidad —valga la reiteración— a lo que se escribe. Y así han salido de sus manos *Tipacoque* y el *Consejo anfictionico*, en que revela, sobre todo en la primera, la entrañable captación de los ambientes patrios.

Y si hemos seguido primero al hombre es porque pensamos, lo mismo que Caballero Calderón en el *Breviario* que ponderamos, que muchas veces en los hombres se halla la clave de sus obras: sólo un hispanoamericano que hubiera llegado a ese estado de gracia especial que es comprender a España, y amarla, ha podido escribir este libro. Pero entremos en él.

Caballero Calderón monta en diecisiete capítulos un total análisis del libro cervantino con una intuición tal, que podemos decir, sin embozos, que es la mejor —y llegará a ser la única por desaparición descolorida de las otras— interpretación americana del *Quijote*. Comienza por situarnos al libro, en el tiempo y en el espacio, en el significado, el intento y los resultados, con ingeniosísimas advertencias personales sobre el modo de enseñar literatura. Y esto sólo podía hacerlo un extranjero —en el sentido de ser de fuera de nuestra tierra— que al mismo tiempo fuera español en su corazón; es decir, alguien para el que fuera nuevo el paisaje mesético castellano; para el que chocara en un primer contacto el espíritu y la psicología del español, pero que, simultáneamente, porque lo llevara en la masa de la sangre, sintiera resonar en lo profundo de sí mismo algo así como un eco familiar en todo

lo que se le presentaba por primera vez a la contemplación de sus sentidos y de su espíritu. Y esta circunstancia se da en Caballero Calderón, y por ello su libro es una conjugación tan eficiente de verdades españolas y de puntos de interpretación forasteros.

Va analizando la personalidad del español —siempre a través del *Quijote*—, el estilo de la obra, las gentes que aparecen en sus páginas, el paisaje y los caminos, las mujeres (uno de los capítulos mejor y más limpiamente logrados) y el ideal caballeresco. Con ser todo ello finísima aportación a un conocimiento más hondo del libro de Cervantes, la originalidad mayor radica en aquellos capítulos en que explica —y se explica— en qué punto histórico se halla el *Quijote*, cómo debe ser leído y amado, qué carácter general tiene y cuáles son sus ambiciones.

¿Qué significa el *Quijote* para lectores como Caballero Calderón? Oigamos sus propias palabras: «Hundir allí el rostro descubierta para sentir la fría caricia del humor cervantino, beber a gargantadas esa agua delgada, sabrosa y manantial de su prosa, es un alivio de caminantes...» Es decir, un libro que tiene la perennidad de un refugio y la acogedora posibilidad de que en él sa halle siempre un nuevo consuelo al contacto con sus personas portentosas. «La lectura del *Quijote* —dice Caballero Calderón— nos suministra más amigos y compañeros que cuantos pueda depararnos la vida en su cansado discurso.» Esta verdad que sólo pueden proclamar los espíritus selectos, que «saben leer» y *vivir* lo que leen, es la proclamación de uno de los más altos valores del *Quijote*.

Donde Caballero Calderón se revela con la altura académica que posee, y se presenta casi como un filósofo de la Historia, es en los paisajes, bellísimos, que dedica a edificar una teoría relativista del tiempo, que, en el decurso de la Historia, nos presenta épocas lentas, en que nada ocurre, y épocas vertiginosas, plagadas y densas de acontecimientos trascendentales. Epocas que a los ojos del historiador ofrecen —paradójicamente— un efecto contrario, ya que las lentas y vacías transcurren rápidas en el estudio y comprensión del historiador, y las vertiginosas van desperezándose lentamente ante sus ojos, que tienen mucho que ver en poco espacio. Esta disquisición le da pie para hablar de la *intemporalidad* de muchos sucesos históricos que sólo cobran vigor y verdadera vida cuando se entiende por alguien su significado, y la carencia de ajuste a un tiempo determinado de ciertas obras, escritas a espal-

das de influencias contemporáneas. Aplicándolo todo al carácter intemporal, y por lo tanto eterno, de la obra de Cervantes, de la que dice Caballero Calderón: «La obra genial, como este abrevadero de generaciones que es el *Quijote*, se distingue porque es «siempre contemporánea». No pertenece a una edad especial en que fué escrita o concebida, sino que sobrevive a todas las pasadas y presentes, y permanece mientras los tiempos se abisman en la nada.»

Situado así el valor del *Quijote*, Caballero Calderón lo define, y su intuición en este punto muestra la altura de su sentido crítico, como «un libro que anda» y como «un libro que habla». Nunca nada mejor se dijera de este libro. En verdad, jamás hay quietud en las páginas del *Quijote*, ni nunca sus gentes dejan de hablar. Para Caballero Calderón, éste es el reflejo de la verdad de España en el «espejo a lo largo de un camino» —como dijera Sthenald—, que es, en realidad, toda la estructura del *Quijote*. Pero estas gentes que van y vienen, que se afanan y charlan, no son cotorras nerviosas, sino que responden al alto fin que ellas mismas se habían trazado, y que obligan al propio Cervantes a continuar escribiendo después del capítulo VI, porque la personalidad del buen caballero había cobrado corporeidad, se había desprendido de las páginas de la edición y andaba ya suelta por el mundo, reclamando aquel «sabio» que contara sus aventuras.

Baste lo dicho para que tengamos ya una idea del valor de hito que en la literatura cervantista tiene el *Breviario del Quijote*, de Caballero Calderón, al que, a fuer de hispanos, debemos decir laconicamente, cuando hemos doblado la última página de su libro, libro que se degusta como solera vieja: ¡*Mil gracias, hermano!*

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

NOTAS DE UNA VIDA (1912-1931),

por el CONDE DE ROMANONES
Editorial Espasa Calpe.-Madrid, 1947.

Después de un larguísimo silencio, el Conde de Romanones ha vuelto a tomar la pluma para escribir sus interrumpidas Memorias. En dos volúmenes de rico papel nos había contado el Conde, con su sencillez habitual y esa gracia alegre que no puede despren-